
CAPÍTULO IV.

Sir Packet y Miguel Lanuza en casa de lord Walbrook.

Al día siguiente se detuvo delante de la silenciosa casa de Lord Walbrook el coche de la embajada inglesa, y se apearon el honorable Sir Packet y el antiguo corrector de pruebas de *El Oriente*, conocido en el curso de esta historia con el nombre de Miguel Lanuza.

Habitaba el opulento inglés un palacio de no muy bella arquitectura, recientemente construido en esa calle de Palacios que empieza en Recoletos y sigue hácia la Fuente Castellana sin acabar en ninguna parte, porque no acaban las cosas que no están concluidas. Lord Walbrook había comprado este palacio ántes de venir á España, porque

casualmente se puso en venta cuando un agente suyo, préviamente enviado á Madrid á disponer aposento digno de tan ilustre personaje, y á propósito por todas sus circunstancias para la vida solitaria é independiente que el noble Lord hacia desde que M..... Black habia malogrado su magnífico pensamiento de suicidio, creyó que en ningún alojamiento se hallaría mejor, y lacónicamente escribió á Lord Walbrook, diciéndole:

«Se vende un palacio.»

Y el Lord le contestó más lacónicamente todavía diciéndole:

«Compradlo.»

Claro está que el dueño de la finca hizo un magnífico negocio encontrando un comprador inverosímil, inesperado, caido del cielo; y en efecto, Lord Walbrook caía de las nubes, adonde no habia podido subir por la jugarreta de M..... Black, que acertó á robarle su pensamiento. Por lo que hace al Lord lo encontró bien, es decir, bastante espacioso, bastante aislado y bastante cómodo, y se instaló en él con la misma indiferencia

y la misma franqueza con que hubiera podido hacerlo en su casa de Lóndres.

Este palacio se hallaba circuido por una verja de hierro que corria formando un cuadrado perfecto, simétricamente interrumpida por pilares de piedra labrada que remataban en jarrones no muy graciosos, que empezaba á ennegrecer la intemperie envejeciéndolos, sin darles el sello de la antigüedad, que tanto respeto inspira.

Al rededor del edificio se extendía una especie de jardin bordado de musgo y débilmente sombreado por algunos arbustos macilentos.

En el momento en que el coche de la embajada inglesa se detuvo delante de la fachada principal de la casa, un criado salió de un pabellon inmediato á la puerta examinando atentamente la librea del cochero al traves de los hierros; exámen que le dió á conocer la clase de personas que llegaban en el coche, y adelantándose gravemente abrió la verja, por la cual entraron Lanuza y el Embajador de Inglaterra, quedando el criado inmóvil como un hierro más añadido á la puerta.

Llegaron al pórtico, donde otro criado los recibió con una muda reverencia, después de la que oprimió un enorme botón de bronce empotrado en la pared, haciendo sonar por las alturas del palacio el sonoro tiembre de una campana, cuyo acento se perdió en el pacífico silencio que reinaba en la casa.

Sir Packet y Lanuza comenzaron á subir los cómodos escalones de la ancha escalera, destacándose la blancura del mármol por el contraste de los vivos colores que matizaban la espesa alfombra de que estaba guarnecida, sobre la que se ahogaban los pasos de los que subían y de los que bajaban.

Era una escalera suntuosa, pesada, de poco gusto, pero rica.

Llegaron al recibimiento, cuya puerta encontraron abierta, hallándose delante dos criados rubios como el oro y de mejillas rubicundas, vestidos con frac negro, pantalón negro y corbata blanca, con guantes blancos también como la nieve.

El Embajador pronunció solemnemente su nombre, y ambos criados se inclinaron,

acudiendo á la vez á levantar la pesada cortina que cubría una de las puertas.

Esta señal quería decir bien claramente: «Pasen ustedes», y Sir Packet y Lanuza lo entendieron así y penetraron, encontrándose á los pocos pasos en una galería que los condujo á una especie de antesala ó segundo recibimiento, ricamente entapizado de color de fuego, en cuyo fondo se destacaba vigorosamente la figura de un negro, negro como el ébano, medio desnudo, ó más bien, ricamente vestido como un rey del Soldan, como un príncipe de Guinea; un negro auténtico, hermoso y arrogante, adornado como los que vemos en las representaciones de *La Africana*, que son los negros más lujosos de la tierra.

Pendían de sus orejas grandes aretes de oro y lucía en los tobillos argollas del mismo metal precioso. El color rojo que reflejaba la luz al iluminar las paredes, daba á la habitación el aspecto de un horno, y el negro en medio de aquel incendio de tapicería, parecía un tizon enorme á medio arder; porque el oro de sus adornos y los vivos colo-

res de su corto y ligero ropaje chispeaban sobre la profunda oscuridad de su persona, como chispean los tizones que no quieren encenderse.

Al ver á Sir Packet y á Lanuza se inclinó suavemente, y entreabriendo los abultados labios, dejó ver unos dientes, que resplandecían como el nácar cuando los rayos del sol lo iluminan; y retrocedió andando de espaldas hasta llegar á una segunda puerta, cuya cortina descorrió, dejando ver en la habitación inmediata un tono de luz suave, semejante al que refleja el horizonte en los primeros resplandores de la aurora.

Lanuza y el Embajador inglés entraron en esta segunda pieza, y el primero se detuvo mirando á Sir Packet con expresión inequívoca de curiosidad y de sorpresa. Aquella mirada, traducida á cualquier idioma, quería decir indudablemente:

—¡Caballero, estamos en la casa de un loco rematado!

Sir Packet contestó á la muda pregunta de Miguel con una ligera sonrisa, que agitó suavemente su tranquila fisonomía, de la

manera que un soplo de viento agita la reposada superficie de un estanque.

Si nos es permitido interpretar el sentido de esta sonrisa, dirémos que el Embajador de Inglaterra quiso decir:

—Lo que veis es lo más natural del mundo..... Lord Walbrook no las gasta de otro modo, y si os admira lo que presenciáis, es porque no comprendéis lo que es un inglés que no sabe qué hacer de su perpétuo *spleen* y de su inmensa fortuna.

Acaso se crea que hay en esa larga respuesta más palabras de las que caben en tan breve sonrisa; mas debe tenerse en cuenta que la lengua es más torpe que los ojos y los labios para expresar los pensamientos; que en una mirada ó en una sonrisa se dice más de cuanto puede decirse con el auxilio artificioso y mecánico de las innumerables voces que llenan los diccionarios de las lenguas más ricas.

Pero bien, ¿qué veía Lanuza en esta segunda habitación para mostrarse tan sorprendido?

Veía las paredes vestidas de seda de Per-

sonrisa imperceptible se dibujó en la boca, poco graciosa por cierto, de este salvaje de América, que les salía al paso tan inesperadamente.

Su traje, si es posible llamarlo así, no pasaba de los últimos límites de la decencia, y aunque rápidamente Sir Packet y Lanuza pudieron admirar en sus miembros desnudos la vigorosa fuerza de sus músculos, que se destacaban flexibles y duros sobre su piel cobriza con ese vigor y riqueza de líneas con que Miguel Angel dibujaba ó más bien tallaba las figuras desnudas, vigoroso estilo á cuya energía se le da el nombre de *pane-cillos*.

Seguramente Miguel tenía delante á un formidable araucano capaz de mantener sobre sus robustos hombros dos días seguidos, sin rendirse ni cansarse, el enorme peso del tronco más corpulento; era, por lo visto, uno de aquellos astutos guerreros de terrible fuerza y de fiereza indómita que Ercilla nos describe en *La Araucana* con tan vivos y variados colores.

Mas no era el leon tan fiero como allí se

pintaba, pues araucano verdadero ó fingido, auténtico ó supuesto, no dió en esta ocasion muestra alguna de su natural fiereza; ántes, por el contrario, cruzó los membrudos brazos sobre el espacioso y macizo pecho, en señal de sumision, de humildad y de obediencia.

Miguel pasó de la sorpresa á la risa, de la admiracion á la burla, y estuvo á punto de interrumpir la silenciosa escena con una carcajada homérica; mas la seriedad impasible y hasta solemne del honorable Embajador detuvo la repentina hilaridad que retozaba en sus labios.

Sir Packet hizo un movimiento con el brazo, que fué como una orden para el salvaje, que parecia satisfecho del efecto que causaba, y permanecia inmóvil gozando, digámoslo así, de su triunfo. Digo que el movimiento del brazo de Sir Packet fué una orden, porque el indio bravo se dirigió inmediatamente al punto del paisaje representado en las paredes de la habitacion, en que se enlazaban más copiosamente las hojas de los plátanos, tejiéndose entre ligeras cañas

de bambú, y oprimiendo un resorte imperceptible, hizo que abriera de pronto y de par en par una ligera mampara tan perfectamente ajustada á la pared, que era imposible distinguirla.

Apartóse el Inca inclinándose con respeto, y Sir Packet y Lanuza penetraron por la puerta que acababa de abrirse, donde el flemático Lord Walbrook les guardaba una nueva sorpresa.

Y lo era, en efecto, porque Miguel se quedó parado, suspenso, con los ojos ligeramente contraídos del modo que los contraemos cuando el exceso de luz súbito nos molesta, y se quedó al mismo tiempo con la boca abierta, forma comun de las mudas admiraciones. El óvalo de su boca formaba más ó ménos perfectamente el contorno de la letra más expresiva del alfabeto, de la O, que parece con especialidad destinada á expresar el asombro. El mismo Sir Packet contrajo las cejas, concediéndole al espectáculo que se ofrecía á su vista el honor de una atención curiosa.

¿Qué veían?

La estancia en que habian entrado representaba una rotondad el gusto griego; era una especie de templete, cuya cúpula, sostenida por columnas del orden corintio, arrancaba de un feston de flores entrelazadas, que corria de capitel en capitel formando una guirnalda. Entre columna y columna se ostentaba una estatua representando una divinidad pagana. Allí estaba Júpiter con aquel semblante con que segun Virgilio serenaba los cielos y disipaba las tempestades. Allí estaba Juno airada, la deliciosa Vénus y la pródiga Ceres. Allí estaba el tremendo Marte y la sabia Minerva, Neptuno hiriendo las aguas con su tridente y Mercurio agitando el aire con las pequeñas alas de sus talones. Era una especie de Olimpo, un verdadero panteon, en que se hallaban pacíficamente reunidos los escandalosos dioses del paganismo.

La alfombra que cubria el pavimento parecia un manto de flores, en que el vivo color de las rosas competia con la suave blancura de las azucenas, y el rojo encendido de los claveles sobre el verdor aterciopelado de

un musgo brillante, que el pié no se atrevía á hollar, temeroso de ajarlo.

Mas nada de esto fué la causa de la admiracion de Lanuza, porque en verdad la rotonda ofrecia en su conjunto un aspecto más caprichoso que artístico; podia sorprender por lo inesperado, pero no admirar por lo exquisito.

Lo que realmente produjo en Miguel el asombro que hemos notado, fué la animada figura que se movia en medio de la estancia.

Era un hermoso mancebo con la frente recta y el perfil puro. Vestia la túnica corta de Alcibiades cuando Sócrates lo sorprende en casa de la cortesana, y el airoso manto con que debia adornar sus hombros el majestuoso Pericles.

La elevacion de su bien contorneado pecho parece que indica la arrogancia de su corazon; el correcto vigor de sus piernas y la soltura de su planta demuestran la firmeza y la gracia de su juventud; el aire gracioso de sus brazos enérgicos advierte que se puede encontrar en ellos la fuerza que ahoga y la ternura que acaricia; sobre el cuello ro-

busto y flexible se alzaba su cabeza coronada de rizos cortos espesos y castaños, que en natural desórden arrojaban sobre su fisonomía, vivamente acentuada, el esplendor misterioso de una sombra divina.

Era una bella estatua sin pedestal..... era Apolo mismo con la suavidad adolescente de los contornos de la Vénus de Milo, la enérgica expresion del Júpiter de Fídias, y la blanca sonrosada de un niño.

Cuando vió aparecer al Embajador de Inglaterra y á Lanuza dió un paso hácia ellos como quien se adelanta á recibir una visita esperada, y afirmándose sobre la pierna izquierda dobló la derecha presentando el correcto dibujo de su varonil rodilla, alzó la mano derecha, en la que sostenia el extremo del manto, y en esta actitud de estatua esperó á los que entraban y que hácia él se dirigian.

Entónces fué cuando Miguel se sintió vivamente sorprendido y Sir Packet un tanto suspenso, porque en verdad, si la persona que tenian delante no era un griego perfecto de los mejores tiempos de Aténas, era indu-

dablemente un actor consumado, y de todos modos era un gallardo mancebo.

Después de algunos instantes de mutua contemplación, el griego se volvió airoosamente, presentando una espalda magnífica, ática, modelada con todo el rigor del arte por la naturaleza, suprema artista, porque es dirigida por el dedo divino de Aquel que es la belleza suprema, la belleza absoluta.

Este movimiento del griego no tuvo por objeto precisamente dejar admirar la corrección de su espalda como pudiera hacerlo el modelo de una academia de dibujo. Se volvió para hacer girar sobre sus goznes suaves una puerta de las cuatro que simétricamente colocadas formaban parte de la decoración de la rotonda.

Por esta puerta pasó gravemente Sir Packet, seguido de Miguel, que no sabía qué pensar de lo que iba viendo, encontrándose ambos á los pocos pasos en un salón seriamente alhajado con muebles cómodos y sólidos, ostentándose en los colores y en los adornos cierta severidad, que anunciaba des-

de luego que aquella era la residencia habitual de un hombre grave.

Había jarrones y candelabros de adusto bronce, el mármol de las chimeneas era negro con venas amarillas, el color de la tapicería era ceniciento, color de pizarra, color de plomo, y había estantes con libros, magníficos mapas, colecciones curiosas de fotografías encerradas en preciosas carteras de piel de Rusia; se veían sobre las mesas periódicos ilustrados y no se veía ni un espejo ni un cuadro. En fin, sobre una trípode de caoba giraba al más leve impulso de la mano una esfera enorme, donde la vista podía percibir todos los accidentes geográficos del mundo. En esta esfera se veía la bandera inglesa clavada con finas agujas de acero, repetida muchas veces por toda la redondez de la tierra. Había una bandera más grande que las demás, que señalaba á Londres; cada bandera señalaba una posesión inglesa. También Gibraltar tenía su bandera.

En este salón encontraron á lord Walbrook, que paseaba las tranquilas miradas de sus ojos grises por las inmensidades del *Ti-*

mes, especie de desierto, en el que cada grano de arena es una letra.

Lord Walbrook dejó el gran periódico y se puso de pié al mismo tiempo que el honorable Sir Packet se le acercaba diciendo:

—Gracias á Dios, Milord, que tenemos el honor de encontraros; venir á veros es emprender un largo viaje. Hemos tenido que atravesar el África, el Asia, la América y la Europa; hemos pasado por las cuatro partes del mundo ántes de llegar á vos. Parece, Milord, que no vivis en este planeta que nosotros habitamos.

—¡Oh! sí, exclamó lord Walbrook muy seriamente.

—Entónces decidme, replicó Sir Packet, en qué punto de la tierra se halla este salon donde os encontramos despues de dejarnos á la espalda á África, á Asia, á América y á Europa.

Lord Walbrook se permitió la ligereza de sonreirse, y dijo:

—Es verdad; son mis cuatro tipos..... tipos auténticos, originales, como habréis podido observar..... En cuanto á mí, me en-

contrais en la Gran Bretaña, porque ya sabeis que donde está Lord Walbrook está Inglaterra.

El Lord dirigía exclusivamente la palabra á Sir Packet, pues aunque Lanuza se hallaba en su presencia, como áun no le habia sido presentado, para él como si no estuviera delante; no le era lícito dirigirle ni la voz ni la palabra.

El Embajador se apresuró á decir:

—Perdonad, Milord; tan largo viaje me ha hecho perder la memoria y he entrado aquí sin acordarme del objeto especial de mi visita. Con vuestro permiso voy á presentaros al Sr. D. Miguel Lanuza, jóven sumamente estimado en los más altos círculos y distinguido *gentleman* y amigo mio.

Al oír esto se inclinó Lord Walbrook mirando á Miguel y le dirigió estas palabras:

—¡Oh!..... ¡oh!..... sí, sí..... Este caballero posee un hermoso caballo.

—De la raza Haymur, contestó Lanuza acercándose al Lord.

—Cierto, añadió éste.

— Lanuza, dijo Sir Packet, es admirador de nuestros nobles caballos.

— Ciertamente, Milord; el caballo inglés de pura sangre tiene condiciones superiores. Inglaterra debe estar orgullosa de poseer tan hermosa raza.

— Y sin embargo, advirtió lord Walbrook, *Bel-Khrer* venció á *Ofelia*.

— *Bel-Khrer*, dijo Lanuza sonriendo, es un atrevido, que incurrió en una falta de educacion, permitiéndose la libertad de echar delante de tan noble yegua; pero vos le perdonaréis una descortesía de que él mismo no es responsable; los árabes son unos bárbaros que educan á sus caballos sin enseñarles las reglas de urbanidad, de todo punto inútiles en África, pero absolutamente indispensables para vivir en Europa.

Bien fuera por el malísimo inglés en que Lanuza se expresaba, bien fuese porque le hicieran gracia sus palabras, el caso es que el honorable Lord se echó á reír con una espontaneidad no acostumbrada en él desde que M..... Blake tuvo la impertinencia de emprender el viaje á la luna.

• Sir Packet se dirigió á Lanuza, diciéndole:

— ¿Cómo habeis adquirido á *Bel-Khrer*?

Lanuza les refirió entónces la historia del caballo, casi en los mismos términos en que yo la he contado en el primer capítulo del presente libro, porque Si-ben-Atekhtar supo la procedencia del caballo y de qué manera habia venido á manos de los que se lo vendieron.

Terminado el relato exclamó Lord Walbrook:

— Ah..... ¡un caballo robado!

— Sin duda, Milord, replicó Lanuza; mas yo os pregunto: ¿Cuánto dariais por otro *Bel-Khrer* adquirido del mismo modo?

— ¡Oh!.....

Esta profunda admiracion de Lord Walbrook tenía todas las trazas de un bolsillo abierto; pues con ella quiso expresar que daría cuanto le pidiesen.

— Si Lord Walbrook, dijo Sir Packet, tuviera la bondad de hacernos ver sus caballerizas, tendríamos ocasion de admirar lo más puro de la raza inglesa.

Como el lector habrá podido advertir, el

Embajador de Inglaterra hacia entre el Lord y Lanuza el papel diplomático de potencia intermediaria; mas como se trataba, á lo ménos por parte de Lord Walbrook, de la adquisicion de *Bel-hKrer*, que, fueran las que quisieran sus excelentes cualidades y su ilustre prosapia, no pasaba de ser un caballo, el verdadero papel que Sir Packet representaba en este caso era el de *chalan*. Es verdad que habia aceptado la intervencion diplomática en el asunto de *Bel-Khrer* como un medio de penetrar en la casa del Lord é inquirir con su natural penetracion el secreto de la berlina misteriosa. Y es el caso, que Lanuza, participando de la misma curiosidad que ocultaba el Embajador de Inglaterra, y movido por la curiosidad pública, se habia prestado dócilmente á aquella presentacion, recibiendo las indicaciones de sir Packet con los brazos abiertos.

Hasta el momento en que nos encontramos, ninguno de los dos habia recogido dato ni indicio alguno que los pusiera en la pista de aquel misterio, que parecia impenetrable; y habian llegado al salon en que se hallaba

Lord Walbrook despues de atravesar las cuatro partes del mundo sin haber sacado nada en limpio. Ambos empezaron á temer que saldrian de la casa lo mismo que habian entrado.

Miguel registraba disimuladamente todos los pormenores de la habitacion sin encontrar en ellos nada que pudiera servir de fundamento ni de pretexto á las diversas conjeturas que daban vueltas en su cabeza, como las daban en las cabezas de todo el mundo.

Le ocurrió la idea de admirar la belleza del palacio, la buena disposicion de las habitaciones y el gusto y el lujo de los adornos, con el fin de incitar al Lord á que le enseñase todas las interioridades del palacio. Mas Sir Packet tuvo la misma idea en pequeño, y se adelantó al propósito de Lanuza mostrando deseo de ver las caballerizas. Quizá era este recurso más oportuno y más natural, y podia ser el primer paso que los condujera á una excursion general por la casa.

—Sin duda, dijo Lord Walbrook, contestando á Sir Packet. Tomaos la molestia de seguirme y veréis las caballerizas.

Y diciendo y haciendo se puso en pié, y dirigiéndose á un extremo del salon levantó la amplia colgadura que cubria una puerta colocada en sentido opuesto á la que conducia á las cuatro partes del mundo; teniendo levantada la colgadura para abrir paso, invitó á Miguel á que entrara, siguióle á éste Sir Packet, y detras de ellos entró Lord Walbrook.

Miguel penetró el primero, y creyó ver una sombra que se desvanecia en un ángulo de la habitacion en que acababa de entrar, y creyó al mismo tiempo oír el estallido sordo de un muelle que se cierra cautelosamente.

La pieza en que se hallaba era un gabinete sencillamente amueblado, habitacion intermedia en la que podia recibirse una visita de confianza ó podia celebrarse una conferencia íntima. Lanuza descubrió en ella un retrato al óleo que representaba la bella imágen de una mujer excesivamente rubia, seria y grave, en cuyos ojos un tanto dormidos brillaban dos lunas verdes como dos esmeraldas; el perfil era severo y habia majestad en todas las líneas de su rostro. Lord Walbrook

observó la atencion con que Miguel examinaba el cuadro, y dirigiéndose á Sir Packet le dijo:

Vos, honorable Packet, no habeis conocido á Milady.

—¡Oh! no, contestó el Embajador, pero creo conocer su historia.

—Pues aquí teneis su retrato; no es precisamente una obra de arte, pero no lo dudeis, está hablando.

—La historia de vuestra madre, añadió Sir Packet, es conocida en toda Inglaterra.

Y volviendo la espalda al cuadro exclamó:

—¡Hola! Milord; aquí teneis otro cuadro arrebatador. Dejadme contemplarlo, porque no he visto jamas cosa parecida.

Lord Walbrook se permitió una sonrisa de complacencia, y Miguel volvióse á ver el cuadro, ante el que se quedó como suspenso.

—¡Ah Milord, Milord! exclamó Sir Packet examinando el lienzo con sus lentes de oro. Esto es prodigioso y me hace sospechar lo que mi franqueza no me permite ocultar.

ros. Sin duda alguna habeis contraido un matrimonio secreto.

—No, contestó. Jamas he pensado en casarme. Es otro mi destino.

—En ese caso, añadió el Embajador de Inglaterra, me permitiréis que lleve mis sospechas á otro terreno.

—Desechadlas, honorable Sir, añadió Walbrook, si quereis ser justo.

—Bien, las desecho, considerando que esta belleza será puramente imaginaria; un capricho del pincel, un sueño de artista.

—Tampoco. No deis crédito á semejante suposicion; el arte no es más que un copista. Ese cuadro es un retrato, que tiene su original, porque no hubiera podido imaginarlo el pintor si la naturaleza no le hubiera prestado el modelo.

Miguel, con los oidos tan atentos como los ojos, no perdía palabra de la conversacion ni detalle del cuadro.

Sir Packet hizo un gesto de duda, y replicó.

—Perdonadme.... mi espíritu práctico, mi experiencia del mundo y de las cosas me

conducen á una observacion inevitable. Tan singular belleza no es una obra puramente imaginativa; es, segun decis, un retrato, que tiene su original..... ese original auténtico no es vuestra esposa ni vuestra querida. Decidnos lo que debemos pensar.

—Pensad lo que querais, contestó Lord Walbrook; mas no os engañaré si os digo que es mi hija.

—¡Vuestra hija!..... exclamó el Embajador de Inglaterra.

—¿Por qué no?

Representaba el cuadro la bella imagen de una jóven de cabellos rubios y de ojos azules, rubio y azul oscuros que hacian resaltar la blancura de su rostro pálido, cuyas facciones se marcaban con esa pureza de líneas que admiramos en las vírgenes de Rafael. Apoyaba el codo sobre una balaustrada de piedra, que cortaban bruscamente los terminos laterales del cuadro, y sobre una mano perfecta descansaba el delicado contorno de la barba. El cabello suelto y echado hácia atras caía sobre la espalda y sobre los hombros en copiosas ondas, como una casca-

da de oro, formando aguas tan admirables, que la luz parecia complacida en iluminarlas. Al traves de los rasgados párpados asomaba el profundo azul de sus ojos, y todo su semblante aparecia bañado por una sombra de tristeza, que atraía las miradas, realzando la belleza del rostro.

El pintor habia sabido combinar con feliz resultado la dulzura del contorno y la firmeza de la expresion, dejando adivinar que bajo el reposo de aquellas líneas apacibles se ocultaba el sordo tumulto de un alma agitada. Sobre todo, en los suaves contornos de su preciosa boca y sobre la húmeda púrpura de sus labios se veía la expresion airada de un desden supremo, como se ve una nube en medio de la serenidad de los cielos.

Lord Walbrook dejó á Sir Packet y á Lanuza contemplar silenciosamente el cuadro, hasta que el primero de estos dos apartó los lentes de sus ojos y dijo:

—Es un tipo admirable.

—Admirable, repitió Lanuza sin apartar la mirada del lienzo.

—Señores, exclamó el Lord, decidme con

franqueza si Eva pudo ser de otro modo.

—Así debió ser, contestó el diplomático. Sobre todo en el momento despues de la caída.

—Cierto, añadió Miguel; esa tristeza que la envuelve son las sombras de la tierra en que ha caído, y el fulgor de su belleza es la luz del paraíso, que aún se refleja sobre su frente.

—Por aquí, señores, dijo lord Walbrook, señalando la salida, que daba á una galería.

Los tres salieron para dirigirse á una escalera interior que conducia á las caballerizas.

Lord Walbrook iba alegre, Sir Packet indiferente y Lanuza pensativo, muy pensativo.